

UNIÓN REPUBLICANA

PERIODICO REPUBLICANO

Director: D. Manuel Perez y Perez

— LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD —

Precios de suscripción

DIAS DE PUBLICACION

OFICINAS

EN TODA ESPAÑA AL MES —

3, 10, 18 y 26 de cada mes

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

Cincuenta céntimos de peseta.
Número suelto 20 idem.

No se devuelven originales

RIO, NUM. 10

La desidia de nuestros ediles

Ya lo hemos dicho; pero lo repetimos, para avisar la memoria de aquellos que piensan que nuestras campañas obedecen á otros fines que á los de la moralidad y la justicia. La prensa tiene una misión que cumplir, cual es la de elaborar constantemente en bien de los intereses del pueblo que la paga; no concretándose á la publicación de artículos anodinos, ni de informaciones que no interesan más que al que es objeto de las mismas por lo que halagan su vanidad y esto sentado, vamos á ocuparnos de la desidia incalificable del abandono abusivo en que tienen nuestros ediles á la plaza de abastos.

Es la eterna historia en la que nada nuevo se halla; pero todo se encuentra malo. Como no se inspeccionan los pesos y medidas de los vendedores de la citada plaza, no hay comprador, que no resulta burlado en la cantidad, y aun en la calidad de los comestibles que adquiere.

En este sentido, es culpable la pasividad de nuestro municipio, que no atiende las denuncias, por ser un periódico quien las hace.

La culpa de lo que acontece, la tiene el pueblo, que pudiendo ejercitar libremente el sufragio universal, eligiendo concejales jóvenes de arrestos, comprometidos de antemano á velar por sus sagrados deberes, se dejan imponer á una porción de señores res-

petables que solo acatan la voluntad del cacique, y que por circunstancias especiales que ellos se sabrán, no quieren indisponerse con los vendedores, dejando que estos hagan su agosto, y así sucede que el pobre obrero que percibe un mísero jornal á cambio de su trabajo, llega á nuestro mercado, y sale de él con pocos víveres, malos y sin dinero, viéndose que el producto de su sudor no le produce lo suficiente para atender á las más apremiantes necesidades de su vida, y la de su familia; pero no por esto, ni porque lo hallamos repetido cientos de veces en distintos tonos, se conmueve el berroqueño corazón de nuestros municipales; les importa un ardite la vida de los ciudadanos con tal de no crear dificultades á el Czar omnipotente, que les otorgó la merced de investirlos con una representación popular, tan mentida como mentirosos son los pesos y las medidas con que se engañan á los compradores de nuestra plaza de abastos.

Si la responsabilidad moral de los concejales en este caso, pudiera hacerse efectiva, no titubeáramos nosotros en pedírsela, aunque ellos guardarían más su número uno.

Las tempestades del mañana

La plácida calma que en la actualidad disfrutaban los enemigos

del pueblo, debiera ser presurosa de profundas tempestades, porque en el orden político y social, lo mismo que en el orden de la naturaleza, las grandes calmas han precedido siempre á las grandes tempestades.

Treinta y dos años de paz han disfrutado los últimos descendientes de Fernando VII, que han sido para la nación española otros tantos de sufrimientos; treinta y dos años de reacción hemos soportado resignadamente, al parecer contribuyendo con nuestra apatía á la obra nefasta y destructora de los gobiernos que han turnado en el poder; treinta y dos años ha permanecido España despojada de su soberanía y de su libertad, á costa de tanta sangre conquistada. Hora sería ya que el pueblo despertase de su letargo, y sacudiese el odioso yugo de la tiranía, arrojando lejos de sí todo cuanto estorbase á su regeneración, á su dignidad y á su decoro.

La tempestad debiera acercarse. Los sordos rumores que se desprendían de la opinión como lejanos y pavorosos, no anunciaban ya á la patria aquel movimiento feliz de la revolución.

La ardiente sangre española circuló con más rapidez por las venas de los ciudadanos dando latigazos de fuego en el rostro, pálido y demacrado por treinta y dos años de privaciones y penas, cuando se helaba el miedo de los gobernantes que en otros tiempos temblaban envueltos en sus casacas de ministros.

La tempestad se acercaba á pasos agigantados. La Revolución se imponía como necesidad imprescindible de la patria. Si los cañones de San Gil hicieron estremecer en 1866 los cimientos de un trono secular, que dos años después fué reducido á polvo en Alcolea, hoy son los gritos de desesperación del pueblo republicano los que sacuden como el huracán porque ha perdido toda esperanza.

Ya no se prepara el pueblo para la gran batalla, para la batalla que había de decidir en definitiva sobre su porvenir y sus destinos, ni para que mueran en paz con Dios y su conciencia dos gobiernos que perdieron nuestras colonias y nuestro decoro.

Se ha perdido la mitad del territorio y de la población española. Se han hundido en el Océano las escuadras. Han rendido sus armas, sin combate, más de doscientos mil soldados españoles; hemos duplicado nuestra deuda, y de todo ello no resulta nadie responsable.

Si hubieramos arrojado del poder á los hombres que realizaron esos crímenes, hubiéramos en ello la responsabilidad. Lejos de eso se le apoya en el poder y por si no bastaba esto á la primera ocasión, se les dió de nuevo el gobierno, entregando á los mismos hombres, los mismos cargos en que habían cometido sus delitos de alta traición.

Todo esto indica cierta pasividad, por parte de nuestros directores no bien esclarecida en aque-

lla obra de perdición para España.

¿Han averiguado nuestros diputados, por orden de quien se entregaron las Carolinas y se rindió el ejército? ¿No sabían que España había sido falsificada por la voluntad de alguien?

El pueblo tenía derecho a saber esto, y no se diga, que no tuvieron tiempo a depurarlo nuestras memorias.

París se defendió valerosamente; ejército del pueblo admirablemente dirigido por los ciudadanos de la República, vencieron al ejército de un rey; nosotros no vencemos a nadie ni damos señales de vida, ni siquiera levantamos los ánimos sobre la sólida base de un derecho indiscutible.

Hojitas de propaganda número 5

LECTURAS MORALES E INSTRUCTIVAS

Conversaciones entre un padre y un hijo.

EL LIBERALISMO

—Espero saber padre mío qué es el liberalismo y por qué lo odian los sacerdotes?

—Toma ese diccionario y lee el significado de la palabra.

El niño leyendo.—Liberalismo.—liberalidad.

Liberalidad: virtud que mueve a la distribución de los bienes sin esperar recompensa: Nobleza.—Grandeza.

Asonbrado dejando el libro. Pero padre; nada de esto es malo sino muy bueno!

—En efecto, hijo mío, el liberalismo es bondad porque es el bien y el derecho de todos. Escúchame. El hombre primitivo ignorante adoraba lo desconocido. De allí nacieron las primitivas religiones. De esta ignorancia y de esta fe se aprovecharon algunos hombres más inteligentes y astutos que los otros para declararse encargados y representantes de los dioses, requiriendo el privilegio de disfrutar de los beneficios del ajeno trabajo a cambio de interceder por los hombres ante las divinidades. Así surgieron los primeros sacerdotes.

Con ellos, hijo mío, empezó en la tierra la inicua explotación del hombre por el hombre que se ha perpetuado hasta nosotros.

—Pero, padre mío, ¿y si efectivamente Dios hubiese elegido a varios hombres entre todos, para representarle en la tierra?

—Oyeme, querido, tu tienes sinco hermanos ¿verdad?

—Sí.

—Cuando tú cometes alguna falta y

yo me veo en la necesidad de privarte de mis caricias, para hacerte comprender que me apena y me disgusta tu comportamiento ¿qué haces?

—Me avergüenzo de haber sido malo; formo el propósito de no hacer más aquello que a usted tanto disgusta y se lo prometo.

—Pues mira se me ocurre una idea en lo sucesivo cuando cometes alguna falta solo te la perdonaré, cuando te la haya perdonado uno de tus hermanos a quien voy a elegir para que me represente entre vosotros.

—El niño sonriendo.—Usted no puede hacer eso porque es bueno y si eligiera para que nos gobernase a uno de sus hijos, ni mejor ni peor que los demás, cometería una injusticia y sería malo.

El padre sonriendo.—Contestándome testado a la pregunta que me hacías; si yo al establecer diferencia entre mis hijos procedía mal ¿cómo quieres que Dios, padre de todas las criaturas, sea peor que los demás, cometiendo esa gran injusticia con la cual se negaría a sí mismo.

—Comprendo perfectamente, padre mío, por qué Dios no ha podido elegir a los sacerdotes como representantes suyos.

—Pues como tú lo comprendieron también otros, y se rebelaron contra ellos. Esos fueron los primeros liberales.

Desde entonces, hijo mío, se eutabló la lucha entre el sacerdocio que intentaba esclavizar al hombre y el liberalismo que le impulsaba a estudiar y comprender lo hasta entonces desconocido.

Por eso en cada siglo el liberal ha tenido que ser perseguido por la religión sin tregua; es el rebelde.

Los filósofos de la antigüedad fueron liberales en relación a su época; sus principios morales combatían a los dioses paganos, por eso los sacerdotes del paganismo que de aquellos dioses vivían; los perseguían y odiaban hasta el punto de obligar a Sócrates a morir envenenado por la cicuta.

En la edad media, los liberales en las artes y en las ciencias, los que perseguían estudios de física y química que hoy se hacen a la luz del sol, eran llamadas brujos y alquimistas y a cientos fueron quemados por los tribunales católicos.

En todos los tiempos, los que sentían en su pensamiento el anhelo de libertad para perseguir verdades científicas, han recibido en pago a los beneficios reportados a la humanidad por sus estudios el estigma de la Iglesia.

Contrastando con estas persecuciones, motivadas por el temor de que el conocimiento de la verdad aparte a los hombres de la creencia en dioses vengadores, los liberales de todos los tiempos, hijo mío, arraucando, aun a costa de su tranquilidad, secretos a la ciencia, nos ha hecho la vida más amable y feliz ayudándonos a concebir un mundo mejor todavía.

El conocimiento de las leyes físicas y químicas nos han hecho conservadores de nuestra salud; el vapor y la electricidad han establecido la comunicación

entre pueblos remotos haciendo que todos los hombres de la tierra puedan conocerse y amarse, la aplicación de las ciencias exactas nos ha hecho ejercitar la razón, el ejercicio de esta, nos ha ofrecido la moderna filosofía que nos impulsa a conocernos a nosotros mismos y a descubrir sobre el «por qué» de las cosas.

Sobre esos grandes conocimientos científicos se ha levantado la actual civilización, convirtiendo al hombre salvaje de los bosques, en el hombre pensador de las ciudades y por esa libertad del pensamiento se ha llegado a la concepción del verdadero derecho humano.

Toda esa obra, hijo mío, grande no sólo por lo que ya es sino por lo que será, se debe a los liberales de todos los tiempos.

—Pero padre mío ¿yo he oído decir que algunos de esos sabios pertenecen a la Iglesia?

—Es muy cierto hijo mío, pertenecían, pero como la Iglesia declara el pensamiento esclavo del dogma para poder pensar, tuvieron que declararse rebeldes, tuvieron que ejercitar su libertad, fueron pues, desde entonces liberales y como tales, perseguidos y escomulgados por el sacerdocio. El mismo Jesús ¿qué fue sino un liberal entre los de su época puesto que necesitó poner en ejercicio la libertad de su pensamiento para predicar contra las costumbres insanas de aquel pueblo dirigido por sacerdotes hipócritas, por escribas y fariseos?

—Luego entonces padre mío, ser liberal es...

Poseer la razón libre, tal como la naturaleza la forma, no subordinar esa razón propia a la razón ajena, sino dejarla que se esparza en el conocimiento de las leyes vitales para conocimiento propio y universal.

Más claramente dicho, el liberalismo es el estado apropiado del entendimiento para el trabajo constante del mejoramiento humano.

Sin libertad el hombre permanecería aun en estado salvaje.

—No entiendo claramente el por qué, padre mío.

(El padre sujetando al niño por el brazo).

Detrás de esa puerta he colocado un objeto: dime cual es.

(El niño queriendo marchar viéndose sujeto).

Céjeme V. en libertad para ir a conocerlo.

El padre. Lo ves hijo mío? sin la libertad el movimiento del cuerpo es imposible; pues lo mismo sin libertad no es posible el movimiento de la inteligencia.

Las religiones que niegan la libertad del pensamiento, condenando al liberalismo, son los mayores enemigos del bienestar humano; el hombre, en tanto quiere ser más útil a sus semejantes, más se aparta de ellas.

—He comprendido perfectamente; gracias padre mío.

—Basta por hoy, querido niño y has-ta la próxima.

CRÓNICAS RETROSPECTIVAS

La Inquisición

Hace años conducían por las calles de Madrid en dirección a la plaza de la Cebada donde se levantaba el patíbulo, a dos hermanos condenados a muerte.

Los desgraciados iban dando grandes gritos, diciendo, «somos inocentes, somos inocentes». Los ancianos recuerdan aún con espanto este hecho. Todavía les parece escuchar el eco de aquellas palabras empapadas de infinito dolor: «somos inocentes». Resultó en efecto que los dos hermanos ajusticiados no habían cometido el crimen que se les imputó; el mismo autor del crimen lo declaró. La criminalidad de aquellos infortunados, estuvo sólo en el pensamiento de los jueces.

Pues multiplicad ahora este ejemplo, agrandadle, dadle todas las proporciones que permita vuestra fantasía, y tendreis la realidad espantosa de lo que hizo la Inquisición.

Esta creó delitos imaginarios: buscó culpables de esos delitos: los sometió a tormentos horribos: los arrastró despues a la hoguera; desenterró los cadáveres para abrasarlos; arruinó las casas de los pretendidos culpables, y dejó caer la nota de infamia y deshonor sobre infinitas familias. Aquello fué como una ola de fuego interminable que estuvo achicharrando cuerpos humanos durante más de dos siglos.

¿Cuándo, cuándo purgará tanto crimen la Iglesia Católica?

No la creais, no, cuando se encubre con la piel de cordero, diciendo que representa al Dios de caridad y humildad: vedla aquí, en acción, en la más caritativa, la más piadosa, la más santa de cuantas instituciones ha habido en la tierra.

Es nuestra madre. ¡Madre! Veamos la madre.

Figura una madre que coje a uno de sus hijos y le dice enseñándole un vaso con vino: «¿Qué es esto? Y el hijo contesta despues de examinarlo. Esto es vino.

No, replica la madre; esto es sangre.

Y vuelve el hijo a mirar y a paladar el líquido e insiste en declarar que aquello es vino.

Y la madre le dice, enviándole rayos de furor por los ojos, que ha de confesar que aquello es sangre; y el hijo, asombrado y confuso por la pretensión de su madre, pero incapaz de decir mentira ni negar lo que sus sentidos le dictan, sostiene aún que aquello es vino.

Entonces la madre, después de golpearle, triturarle, martirizarle, viéndole insistir en declarar lo que ella no quiere, aun que sea la verdad, le entrega al verdugo para que le lleve á la hoguera.

¿Qué os parece el amor de madre?

Así hace con infinitos hijos.

En vano estos se arrodillan á sus pies y le suplican dirigiéndole las manos cruzadas y dejando correr venas de llanto de sus ojos.

Mira—le dicen—que somos los más hábiles en los negocios, que mantenemos el comercio, que atraemos á España los capitales, elementos indispensables de la producción, que somos los depositarios de las ciencias como pueden dar fe los trabajos de nuestros padres en tiempos de Alfonso el Sabio, á quien tanto ayudaron, que conservamos el secreto de curar las enfermedades, como lo prueba el gran número de doctores que hay de nuestra raza; ten consideración á nuestros méritos y servicios; déjanos habitar el solar de nuestros mayores; no nos prieses de ver la luz de este cielo que es rocío bendito para nuestros ojos.

Fuera, fuera!—grita la madre—perro judío, á la hoguera á la proscripción.

Y el infeliz judío, estremecido, toma el báculo, se echa el morral á la espalda y llevando de la mano á sus dos hijos más pequeños, con los piecitos descalzos que se ensanguientan al hollar las espinas, atraviesa los montes yendo á buscar hospitalidad á tierras lejanas. Antes de traspasar la montaña, la hija mayor de 15 años, nacida en el vergel de Andalucía, vuelve el hermoso rostro, blanco como la leche, y murmura con voz celeste mientras se le caen dos perlas de sus ojos que son como rayos carbonizados del ardiente sol de su tierra. «Adios patria», y todos al oír la vuelven también el rostro entre ayes y gritos de angustia, algunos arrastrándose por el suelo,

repiten: «Adios patria: adios patria!» Yendo sus lamentos á perderse por la montaña entre las concavidades de las rocas, más blandas y hospitalarias que el alma de la Iglesia católica.

«Por qué me rechazas de tu seno, madre cruel?»—dice el morisco, con acento desesperado.

—No hay remisión para tí—si gue diciendo la madre presa de furoros.—vete, moro maldito, marcha al Africa á vivir entre las hienas y los chacaes.

Y mientras el morisco proscrito y errante cae sobre las arenas abrasadas del desierto, cubierto de sudor, deshaciéndose en lágrimas y suspiros al recordar la frescura de sus huertas plantadas en las márgenes del Júcar y el Guadalquivir, las huertas, llorando también por él, se agostan como si las secase el llanto, y donde antes crecieran frutales, hortalizas y flores, solo se ven ya cardos y maleza.

Esta, esta es la madre, la que arrojó de España á los mejores y más útiles brazos. Los mismos españoles cristianos que quisieron pensar, los más inteligentes y más sabios como Servet, tuvieron que abandonar secretamente esta tierra donde para vivir era preciso arrancarse el alma libre.

«Cuántos hijos asesinó y perdió! Solamente los condenados por la inquisición á diferentes penas, ascienden á cerca de medio millón.

Peró hay que agregar á ello, la extinción de las familias enteras, que viendo puesta la nota de deshonra sobre uno de sus miembros, no volvían á levantar la frente; hay que agregar cerca de un millón de moriscos expulsados de la patria; los judíos expulsados también y los cristianos que huían al extranjero para escapar á la persecución del terrible Tribunal; hay que agregar, por fin, la esterilidad y estenuación producida por la ruina de la agricultura, la industria y el comercio. Un inquisidor, que estudió á fondo el asunto, con presencia de todos los documentos oficiales que tenía á su disposición como Secretario que fué del Santo Oficio, el sabio citado D. Antonio Llorente, calcula que España hubiera tenido á comienzos del pasado siglo próximamente la misma población que Francia, de no haber existido la inquisición.

Media España aniquilada he ahí su obra.

Demofilo.

COMUNICADO

Sr. Director de UNION REPUBLICANA de Orihuela.

Muy señor mío, amigo y correligionario: Le ruego de cabida en las columnas de su ilustrado semanario, al adjunto artículo, por lo que le anticipa las gracias su afectísimo amigo y correligionario,

José Escudero Zapata.

Torre Vieja 16 Julio 1906

Desde Torre Vieja

Hace algún tiempo, no mucho, que apareció en esta localidad un semanario titulado «El Eco» y francamente, todos recibimos esta aparición con alegría, porque la prensa es indicio indudable del progreso y la cultura de los pueblos; pero bien pronto nuestra alegría se trocó en disgusto al observar que el periódico aludido, no venía al estadio de la prensa inspirado en el noble sentimiento de la rectitud y la justicia que es el que informa el sentido moral de la mayor parte de las publicaciones españolas, ora sean políticas, ya independientes; todo lo contrario. «El Eco», dirigiendo sus campañas en un menguado espíritu de bandería, no perdona medio ni ocasión de molestar á personas que por su posición, por su arraigo y por su moralidad intachable, merecen los respetos y la consideración de todo el mundo; además, «El Eco», no es un periódico dedicado á difundir la cultura; pues ojeando sus artículos, puede observar el lector la falta de pericia, incorrecciones de mucho bulto y grandosis de mala intención.

Un periódico que aspira, según su propia manifestación, á ser el defensor de intereses locales de los distritos de Orihuela y Dolores, debería estar redactado con esmero, pues así lo merecen los dos importantes distritos, y no escrito con los pies, como vulgarmente se dice. Gracias que el distrito de Orihuela, tiene una prensa ilustrada y digna que sabe defender

con tenacidad y cultura, los intereses que le son propios y no necesita ingerencias extrañas, para cumplir su sagrada misión, ni mucho menos, confiaría esta á la impericia y la vesania de periodistas improvisados que han invadido el noble campo de la prensa, produciendo en él, más estragos que una plaga de langosta en un viñedo.

Esto sentado, paso á ocuparme de la cuestión que originan estas líneas y que ha dado lugar á que «El Eco» y su dirección, nos merezcan á muchas personas respetables y á mí que soy el más humilde de los habitantes de este pueblo, un concepto tan depressivo:

Publica «El Eco» una serie de artículos, firmados con el pseudónimo el *Mscón*, en los que se ataca muy directamente á personas dignas y honradas, y á ciencia y paciencia del director, se ha dejado circular por esta villa, la falsa especie de ser obra de un hermano político mío. Como esto no pasaba de habillitas entre los desocupados y los inurmuradores de oficio, nos tuvo sin cuidado en un principio; pero la calumnia tomó cuerpo y se dió ocasión á que don Manuel Torregrosa Sala, molesto por uno de los referidos escritos, pidiera al director el nombre del autor del artículo; y éste con un cinismo increíble, dió el nombre y apellido E. B.; añadiendo que yo le había suplicado la noche antes, conservara el más riguroso incognito; todo lo cual me fué comunicado por el señor Torregrosa, y en su virtud visité á D. Enrique F. Cuevas, director de «El Eco», quien me dijo que nada de eso había dicho y que estaba dispuesto á tener una entrevista para aclarar quien decía verdad. En este estado la cuestión, convenimos reunirnos el señor Torregrosa, el señor Cuevas y un servidor, en el casino, en donde D. Manuel Torregrosa y yo, esperamos inútilmente la llegada del señor Cuevas hasta las doce de la noche, hora en la que recibí un B. L. M. del director de «El Eco», diciendo que la ley nos daba medios, para resolver la cuestión.

La conducta del señor Cuevas, sería in calificable si el diccionario no tuviera las frases Embustero. Cobarde y Mal caballero.

Es un embustero, porque mien-

te á sabiendas. Es un cobarde, porque rehuye de la aclaración, dejando en tela de juicio el proceder de una persona más digna que él. Y es un mal caballero, porque falta á una cita que él mismo provoca, y apela al recurso de la ley, cuando debía saber que las cuestiones como las que me ocupo, no tiene más ley que las del honor, cosa que al parecer pesa poco en el fuero interno del Sr. Cuevas.

Si el señor Cuevas fué sorprendido en su buena fe, por alguien que quiso dificultarle y ponerlo en evidencia, debió manifestarlo así al señor Torregrosa, no dando pábulo á suposiciones herróneas, ni mucho menos confirmándolas, para poner en ridículo y hacer perder su reputación á persona de cuya honradez, nadie puede permitirse dudar, ni mucho menos, un intruso de la prensa.

Con lo dicho, basta y sobra, para que todo el mundo juzgue esta cuestión en sus verdaderos términos y dé á cada cual lo que se merece; á mi señor hermano político, por su caballerosidad y corrección en todas ocasiones demostradas; y al señor Cuevas, por su conducta insidiosa y su cobardía.

José Escudero Zapata.

La Asociación de la Prensa

No nos ocupariamos de la corrida de toros organizada por la «Asociación de la prensa» alicantina, si no se tratara de nuestros compañeros queridos, y porque esa fiesta ha de dar lugar á que la colectividad periodística de la capital, y aun la de la provincia, estreche los lazos de fraternidad que la une, y porque sus beneficios, han de contribuir á mejorar las condiciones de la clase que más trabaja en favor y en bien de la sociedad, y á la cual prestan tan poca atención los gobiernos, que sin duda deben su vida á nuestra benevolencia.

Somos enemigos de las corridas de toros, lo hemos dicho muchas veces y lo repetimos ahora; pero cuando estas se organizan con fines plausibles, como la celebrada el día 15 en Alicante, bien venida sean, porque ellas

pueden contribuir á enjugar lágrimas y á devolver la salud á los enfermos.

Los trenes que llegaron á Alicante el día 15, por las distintas líneas, tanto ordinarios como extraordinarios, llevaron á aquella ciudad una porción de miles de personas que la prestaron una ampliación desusada. La plaza de toros estuvo llena completamente. Abundaron las mujeres hermosas. La corrida sin ser de las que forman época, resultó muy aceptable. Alicante estuvo hermoso. Los organizadores pueden estar satisfechos de su obra y de haber vencido las bajas pasiones de unos cuantos mal-intencionados, á los cuales no les queda más que el derecho del pataleo.

Nosotros hacemos constar nuestro agradecimiento á nuestros compañeros de Alicante, por las atenciones de que fuimos objeto durante nuestra breve estancia en aquella culta y libre capital.

INFORMACION

Ayer tuvimos el gusto de oír los nuevos pasodobles que ejecutó la banda municipal en la fiesta cívica llamada bulgarmente de *El Pájaro*.

El pasodoble «Tetuán», es muy marcial y resulta muy valiente con la banda de cornetas y tambores; el de «El Puñao de Rosas» no hay para que elogiarlo, pues es sobrado conocido y basta con llevar la firma de maestro Chapí, aunque para nuestro gusto resultaría mejor tal y como está escrito; esto es suspendiéndole la banda de cornetas y tambores.

Enviamos nuestra felicitación á los músicos de la banda municipal que fueron muy aplaudidos, lo mismo que á su director nuestro joven e inteligente amigo D. Saturnino Cebrian.

El señor Reymundo, espíritu de la tacañería, por no pagar el arbitrio de puestos públicos, ha construido un andamio acreo para arreglar la fachada de su propiedad, y los albañiles que allí trabajan están espuestos á sufrir una caída que les cueste la vida.

¿No vale más la vida de un hombre que unas cuantas pesetas que puede ahorrarse de no construir un andamio en condiciones?

Esta es una cosa que el alcalde debería de inspeccionarla, y si tiene peligro como nosotros creemos, ordenar que no se trabajara en esas condiciones.

El juez instructor de la causa sobre el atentado contra los reyes, ha decretado exigir á cada uno de los procesados

por aquel delito, la friolera de 250.000 pesetas, para responder de los gastos de a causa y contingencias que de ella se derriben.

Yo que el juez de dicha causa, sin pesar ni queja alguna les pido un cacho de sol, ó medio cuarto de luna.
¿No es nadie ese juez pidiendo fianza?

Rogamos al señor alcalde se sirva pasar por las calles del Angel y Colón (ó sea en el solar del señor Portillo) y comprobar por sí mismo el mal olor que en ambas calles existe.

Suponemos que D. Severiano de Madaria, atenderá por tratarse de limpieza el ruego que le hacemos.

Nuestro director, preguntó el jueves por la mañana al primer teniente de alcalde si celebraría sesión el Ayuntamiento, á lo cual contestó este que no; y acto seguido volvíoso hacia el alcalde, sonriendo maliciosamente dándole cuenta de la mentira que acababa de pronunciar, y echándose las de *pillín*; pero nuestro director que aunque no está tísico, lo parece por su buen oído, escuchó cuanto el primer teniente alcalde le dijo al presidente de la corporación municipal.

¿Iba el teniente de alcalde en cuestión á proponer ó á preparar algún chanchullo en la sesión última que tan interesado estaba en que no la presenciara la prensa? No se nos ocurre pensar otra cosa, dada su manera de proceder; de todos modos ya sabemos para lo sucesivo que ese señor tiene la mentira por lema.

Para festejos, Soria y lo demás, son tonterías... y armas al hombro.

Ha terminado brillantemente la fiesta de las «Calderas», que consiste en distribuir la carne de los toros mezclados con jamón, gallinas, chorizos y otras chucherías.

El «Círculo de la Amistad» repartió también un toro á los pobres y el gobernador regaló el pan, para que los pobres pudieran comer la carne como el baturro del cuento.

Esa sí que es una junta de festejos práctica. ¿Por qué no acordará la junta de Orihuela un festejo así para Septiembre?

En vez de lo que nos figuramos... ¿no sería mejor un reparto de cocido?

Sabemos que el Sr. Alcalde, ha encargado quince capotes de invierno, para los guardias municipales, á un sastre forastero. No tenemos conocimiento de que la excelentísima corporación, haya tomado ningún acuerdo, respecto al particular, y por lo tanto resulta que el alcalde obra por su cuenta y razón, prescindiendo del municipio; además, tampoco sabemos que se haya consultado á los sastres de la localidad, sobre el

precio de los referidos capotes, siendo así que nos consta que en Orihuela, hay sastres que harían cada uno de estos con buena tela, por cuarenta pesetas.

¡Es mucho alcalde D. Severiano!

Nuestro amigo y correligionario Don José Escudero Zapata, nos envía desde Torrevieja un comunicado, por el cual se demuestra que el director de «El Eco», es un sujeto que tiene una noción muy equivocada de lo que es y representa la prensa. Prueba en su razonado escrito el Sr. Escudero, que «El Eco» es un *papel* y que su director tiene una estatura muy menguada.

Muy bien, señor Escudero, así se debe de hacer con los fariseos de la prensa; arrojarnos de ella á latigazos, como Cristo echó del templo á los mercaderes.

Nosotros no hemos querido establecer el cambio solicitado por ese periódico, cuando nos hemos enterado del ruín proceder de su director.

De Almoradí hemos recibido una carta, suscrita por «Un anticlerical», en la que manifiesta, las barbaridades que un tronco de loyolas dijeron en dicho pueblo, el sábado y domingo últimos, desde la llamada cátedra sagrada; entre ellas, que España, habia renegado oficialmente de la religión de Cristo y que los liberales eran unos salvajes; con sus correspondientes mueras (á los salvajes) y todo.

¿Es que en Almoradí no administrarán todavía la estricnina? Porque á la fecha en que nos hallamos, ya debía aquel alcalde haberlo ordenado.

En la misma carta, interesa dicho anticlerical, que preguntemos al cura de la citada villa, donde está la custodia de oro que habia en la Iglesia que no se ve por ninguna parte.

Por lo visto, ese anticlerical ó lo que sea, cree que esas cosas están en el mundo las vea. Y no sabe el inocente que esas prendas tan sagradas, para que no se las lleven las tiene el cura guardadas.

El domingo y lunes en la noche, abundaron de lo lindo, por las benditas calles (aunque sin agua) de esta población, los variados, (siempre no hemos de llamarles borrachos) con sus correspondientes *chismes*, vulgo cuchillos, navajas, pistolas etc., alterando, por sus condiciones de matones de oficio, la tranquilidad de los ciudadanos pacíficos.

¡Qué cultural!

Señor Alcalde, si Usia no continúa los cacheos, me voy al Riff á vivir; pues esto se pone feo.

